



FERNANDO
SAVATER

*Los
invitados
de la
princesa*

PREMIO PRIMAVERA DE NOVELA

2012

Premio Primavera 2012

Sobre intrigas, cocineros, vampiros y alguna que otra cabra loca. La novela más divertida del año.

La presidenta de Santa Clara, conocida popularmente como la Princesa, quiere convertir su pequeña república isleña en referencia cultural del mundo. Para ello convoca a escritores y artistas para celebrar un magno Festín de la Cultura. Sin embargo, un inoportuno volcán interfiere en sus planes y su nube de cenizas hace imposible que anfitriona en invitados se reúnan en la isla.

El joven periodista Xavi Mendia, enviado especial de Mundo Vasco, levanta acta de la paradójica situación y escucha las historias que cuentan unos y otras mientras todos esperan poder salir de allí: relatos de pasiones y terrores, intrigantes y fantásticos, en los que no faltan las perplejidades de la cultura contemporánea y hasta aparece la sombra de un vampiro...

Para ti, princesa.
Y como ingenuo homenaje a
Boccaccio, Chaucer... y Jean Ray.

«La vida en la tierra sale bastante barata.
Por los sueños, por ejemplo, no se paga ni un céntimo.
Por las ilusiones, sólo cuando se pierden.
Por poseer un cuerpo se paga con el cuerpo».
W. SZYMBORSKA, Aquí

LUNES

El ala del avión se alzó suavemente, como el aspa de un molino gigantesco a la espera de un caballero iluso que derribar. Comenzaba el descenso. Xabi Mendia volvió a preguntarse por qué milagro él, que sufría vértigo hasta al subirse a un taburete, disfrutaba inmensamente con los paisajes empequeñecidos por el picado de la perspectiva aérea. También gozaba con una visión más próxima y a la altura de sus ojos, del enérgico trasero de la azafata que se bamboleaba sin perder el equilibrio mientras recorría el pasillo para asegurarse de que todo el mundo llevaba el cinturón abrochado y había plegado la mesita delantera. A Xabi le encantaban las mujeres uniformadas, disciplinadamente sensuales. Y casi todas las demás. La megafonía anunció que aterrizarían dentro de diez minutos.

Allá en lo profundo, bajo la superficie verdosa del mar, aparecían manchas más oscuras de escollos y roquedales. Ya estaba muy próxima la costa escarpada de la isla, entrecortada por lo que parecían playas pedregosas y poco hospitalarias. Según había leído en la guía turística (que como era inglesa no ocultaba los detalles menos favorecidos) el aeropuerto de Santa Clara estaba situado sobre el mismo pretil del acantilado y tenía una pista demasiado breve, que solían barrer además vientos adversos. Era frecuente que los pilotos tuvieran que intentar el acercamiento varias veces, abortando el aterrizaje en el último momento. A Xabi

Mendia eso no le preocupaba, pues del placer de volar le gustaban hasta los sobresaltos.

Pero el avión encontró su camino tras apenas un par de bandazos y machacó sus ruedas contra la pista con firme determinación. Luego circuló con serenidad hacia el edificio central, alejándose del borde del precipicio y de la tentación del mar. Xabi Mendia respondió a la sonrisa profesional de la azafata que los despidió en la puerta del aparato, pensando que debería ser aceptable darles un par de besos —amistosos, claro— cuando el vuelo ha transcurrido felizmente. Al bajar por la escalerilla, la tibieza muy grata de la temperatura y un vago matiz aromático en el aire le recordaron que estaba en noviembre, pero en el hemisferio sur: primavera.

Mientras esperaba junto a la cinta de equipajes, examinó a sus compañeros de viaje. Lo más probable es que alguno o varios de ellos viniesen también al congreso. ¿Quizá aquel tipo gordo, de rostro malhumorado por el cansancio, que examinaba la abertura semitapada por tiras de cuero por donde debían aparecer las maletas como si esperase la salida al ruedo de un toro bravo? Tenía un aspecto fastidiosamente cultural, a juicio de Xabi. En fin, el equipaje se hacía esperar. Por los altavoces anunciaron la cancelación de una serie de vuelos. «Esperar la maleta... la última zozobra», murmuró junto a él un anciano caballero. Mendia le miró de reojo y luego más francamente. No era muy alto, aunque lo parecía por su delgadez. Vestía con traje y chaleco, lo menos adecuado para un largo viaje, y conservaba una abundante cabellera blanca pese a su edad —más de ochenta, probablemente—, la cual había dejado una nevada de caspa en sus hombros. Xabi Mendia se emocionó.

—Perdone. ¿Es usted don Nicolás Nirbano?

El viejo asintió con una breve sonrisa. Luego estrechó la mano casi temblorosa que Mendia le ofreció para darle un fervoroso apretón.

—Yo le admiro... le admiro muchísimo... le he leído desde hace tantos años. Javier Mendia, para servirle.

—Encantado, muy amable. —Su voz era suave y oscura, pero no cascada—. Supongo que viene usted también a este aquelarre que nos han preparado aquí. ¿Es novelista o poeta?

—No, ya quisiera... Soy periodista, vengo a cubrir el congreso para la revista *Mundo Vasco*. Pero encontrarle a usted así, nada más llegar... me ha emocionado cantidad.

—Ya lo veo. Supongo que me daba usted por muerto a estas alturas —rió con discreción, agitando entonces su melena blanca—. A muchos les pasa. Incluso a mí mismo a veces, no crea...

Por suerte para el ofuscado Xabi, que negaba la hipótesis macabra lo mejor que podía pese a que era cierta, en ese momento comenzaron a salir las maletas. Recogió la suya y luego ayudó a Nirbano con la suya, dispuesto a cumplir como un buen chicarrón del norte. De lo cual francamente tenía poco, para su pesar, porque era de estatura algo menos que mediana y con más grasa en la cintura que pelo en la cabeza, ya tan joven. Pero andaba siempre bien tieso y no se arrugaba ante nadie, ni apenas ante el sexo femenino.

Los trámites de la aduana les entretuvieron un poco porque un funcionario escrupuloso revisó su equipaje con morosidad. Mendia tuvo ocasión de recordar entonces que en Santa Clara actuaba un grupo terrorista, aunque últimamente hubiese dado pocos motivos de alarma. Tras la puerta de salida, al principio, no vieron a nadie que pareciese esperarlos a ellos, entre la diversidad de novias, padres y amigos que habían acudido a recibir a otros. Pero al fondo del vestíbulo, en uno de los pocos asientos disponibles, estaba cómodamente repantigado un individuo mal afeitado que jugueteaba con un cartel. Xabi tuvo una escarmentada intuición y se acercó a él hasta poder leerlo: «Nir-

bano, Lequiem, Mendia». Llamó con un gesto a su compañero y se identificó ante el yacente.

El tipo se puso en pie sin prisas. Consultó su lista:

—Mendia, ¿no? Y Nirbano. Pues me falta uno.

—Estará recogiendo su equipaje...

La sencilla explicación no bastó al enviado. Presa de una súbita urgencia que nada en su actitud anterior hacía esperar, corrió hacia la puerta de salida gritando «¡Lequiem, Lequiem!» como si pidiese socorro. El señor gordo que Xabi había visto antes aguardando en la cinta se aproximó presuroso, arrastrando un maletón más pesado que él. «¡Bingo!», se felicitó Mendia. Tras repasar innecesariamente su lista una vez más, el nativo los condujo hasta un minibús y les recomendó guardar los bultos en la parte trasera, aunque sin hacer el mínimo gesto de ayudarles en la tarea. Después se instalaron en el vehículo, el gordo al lado del chófer para ir más ancho y los otros dos, juntos detrás. Y arrancaron rumbo a lo desconocido.

—¡Menuda suerte han tenido ustedes! —comentó el conductor, casi con reproche—. El suyo ha sido el último.

—¿Cómo que el último? —preguntó el gordo.

—Pues sí, el último vuelo que ha podido aterrizar. Todos los demás están anulados, salidas, llegadas, todo. Ya saben, las cenizas esas del puto volcán.

En efecto, había un volcán en Santa Clara que había entrado impertinentemente en actividad y sus cenizas amenazaban el tráfico aéreo. Mendia estuvo preocupado por el asunto los días anteriores, pero una vez en marcha se había olvidado a medias de ese posible inconveniente.

—¿Quiere usted decir que ya no hay vuelos de regreso? —La voz del gordo mostraba preocupación.

—Ya le digo: ni llegadas ni salidas. Han cerrado al tráfico el aeropuerto.

—Y... ¿hasta cuándo? —se inquietó el gordo.

—¡Yo que sé! —gruñó sádicamente el chófer, mientras propinaba copiosos bocinazos para abrirse paso.

Muy fastidiado, el obeso pasajero se quedó rezongando por lo bajo. Mientras, en el asiento trasero, Xabi Mendia testimoniaba lo mejor que podía su admiración al viejo Nirbano.

—Su ensayo sobre *Moby Dick* es de lo mejor que he leído en mi vida. Melville y la novela total, su angustia trágica... muy bueno, buenísimo. Y también su hipótesis de que Sandokán podría haber sido el hijo del capitán Nemo. ¡De primera! Todo lo suyo me parece de primera...

—Muy amable, amigo Mendia. Pero ya ve usted, son cosas antiguas y de discutible interés. —Se encogió de hombros, con algo de resignada coquetería—. No son crítica literaria, ni verdadera literatura. «Porque eres tibio te vomitaré de mi boca», dijo el Señor... Quise solamente aumentar el placer de quienes ya leen por placer, lo que siempre me condenó a un público reducido, hoy quizá extinto.

—Le aseguro que para mí fueron muy importantes —insistió fervoroso Mendia.

—Pues nada, estupendo, me conformo con eso —remató el anciano sin ocultar el punto de ironía.

En menos de veinte minutos llegaron a su destino. Un portalón bizarro y grandilocuente sobre el que flameaba un rótulo insuperable: Hotel Gran Universo. El chófer les advirtió que era el mejor de Santa Clara.

—No lo dudo —le comentó Nirbano a Mendia en tono sosegado—. Aunque lo de Gran Universo es exagerar un poco. Acepto Gran Hotel Universo o incluso Hotel Microcosmos, pero empeñarse en engrandecer al universo mismo suena demasiado grandilocuente, ¿no?

Recordando que la publicación para la que trabajaba se llamaba *Mundo Vasco*, Xabi prefirió guardar un prudente silencio.

En el vestíbulo había ostentosos carteles que daban la bienvenida «a los participantes del Festín de la Cultura». Otros anunciaban: «Hoy, Jornada Mundial del Bacalao».

Tras registrarse en el mostrador correspondiente, se les entregó una bolsa llena de guías turísticas y gastronómicas de la isla, mapas, un libro con fotografías artísticas de amaneceres y atardeceres especialmente vistosos en varios rincones de Santa Clara, sus acreditaciones y bonos de manutención, así como un sobre con la mención «urgente» que los convocaba para dentro de apenas una hora en el Salón Imperial del hotel, donde iban a darles una serie de informaciones importantes.

De los dos géneros de viajeros más radicales, los que protestan por todo y los que disfrutan con todo, Xabi Mendiá había elegido siempre el segundo bando. Su divisa podría ser «como fuera de casa, en ninguna parte». La habitación del hotel le pareció suntuosa: no tenía vistas al mar, sino a una calle que evidentemente llegaría hasta el mar antes o después. ¿Acaso no estaban en una isla? De modo que sin dilación se dio una rápida ducha, utilizando como complemento de su aseo el botecito de gel que encontró en el baño (aroma de vetiver, con lo que le gustaba a Xabi el vetiver), se puso una camisa limpia y hasta corbata, para luego lanzarse a la búsqueda del Salón Imperial en el que tendría lugar su primera reunión. Animado por el encuentro con Nirbano, estaba seguro de que iba a conocer a gente destacada, monstruos sagrados (vaya lo uno por lo otro), además de escuchar propuestas y opiniones notables que él sabría resaltar en sus artículos. Finalmente ligaría. Ligar también, desde luego, sobre todo: era la ilusión fundamental que sazonaba siempre sus viajes y a la cual la experiencia de sucesivas frustraciones no le hacía renunciar. Xabi estaba convencido de que el espacio exterior —fuera de su *txoko*— rebosaba de mujeres de acceso fácil y apetencias promiscuas (algunas, por cierto, deliciosamente mayores que él), aunque las que luego él solía encontrar pertenecieran a un género más recatado.

El Salón Imperial estaba en el primer piso y alardeaba de una fastuosidad de baratillo, propia para celebrar ban-

quetes de bodas o bautizos. Era enorme y en él se despistaban ya casi un centenar de personas, que charlaban en sus asientos o formando corros en los pasillos laterales. En la misma puerta se encontraron de nuevo Xabi Mendia y Nicolás Nirbano, que entraron juntos. El anciano no se había cambiado de ropa y mostraba un aire indudablemente fatigado. De inmediato cayó sobre ellos un tipo bajito, colorado y agresivamente desenvuelto.

—Pero bueno, ¡a quién tenemos aquí! ¡Nada menos que el gran Ni-Ni en persona! —Hizo un falso aparte para explicarle a Xabi, en tono no menos jacarandoso—: Llamamos así a don Nicolás por las primeras letras de su nombre y apellido, claro, pero sobre todo porque se las arregla para contradecir a todos por igual, digan blanco o negro. ¡Es una institución, créame! Soy Samuel Futurano, el novelista.

—Javier Mendia, de *Mundo Vasco*, encantado.

Con tono amablemente soñoliento, Nirbano le felicitó por su último libro, *Victoriosa derrota*.

—Muy singular, una obra coral bien desarrollada. Creo que te has superado, Samuel.

El elogiado asintió con cierta suficiencia y se alejó hacia otro recién llegado para chillarle con la misma campechana familiaridad su bienvenida. Xabi Mendia estaba algo escandalizado por la irreverencia con la que se había tratado a su ídolo. Aquel voceras se dirigía a Nirbano como si hablase con un igual o, peor, con un principiante. ¡Vaya maneras! Don Nicolás percibió su desagrado y lo derogó cariñosamente.

—Mire, Mendia, mi maestro Ambrose Bierce aconsejaba que quien desee ser considerado grande por sus contemporáneos debe procurar no ser mucho más grande que ellos. Descuidé tomar esa precaución y aquí me tiene: uno de tantos.

—En cambio usted ha tenido la consideración de elogiar la obra de ese fulano, don Nicolás.

—¡Ah, en eso sí que sigo siempre las indicaciones de Bierce! Fue él quien dijo que la forma más alta y más rara de desprecio es el aplauso al éxito de otro. Añado por mi parte que es la única altanería que pasa inadvertida, por lo que conquista simpatías y lima animadversiones...

Poco a poco, el salón se había ido llenando. La mayoría de la gente denunciaba, por su ropa arrugada, sus rostros mal afeitados (ellos) o despintados (ellas) y con universales bostezos, las huellas fatigosas del viaje. Flotaba en el ambiente la inminencia de una mala noticia, un primer fastidio de alcance aún indeterminado. Xabi Mendia reconoció algunos rostros más populares que célebres, pero no pudo localizar al reciente Premio Nobel de Literatura, el polaco de nombre difícilmente pronunciable cuya presencia se anunciaba como uno de los reclamos del evento. También hizo una breve inspección del personal femenino, sin resultados especialmente alentadores. Claro que, por el contrario, las azafatas de ceñidos uniformes y faldas cortísimas tenían un excelente nivel. En especial una mulata cuyas formas no habría disimulado ni un burka y cuyo único defecto era haberse situado con obstinada firmeza en el rincón más alejado de Xabi. En fin, esperar y ver, o sea, tiempo al tiempo...

Un estrado con varios micrófonos presidía, aún vacío, la reunión. Por fin se decidió a subir a él un personaje rechoncho y calvo que llevaba un rato prodigando sonrisas y apresurados saludos, mientras miraba constantemente su reloj. A Mendia le recordaba bastante a una versión antropomorfa del Conejo Blanco de Alicia. Abrió los bracitos como si quisiera echar a volar y reclamó atención.

—¡Amigas, amigos, buenas tardes! Sean muy bienvenidos a nuestro Festín de la Cultura. Soy Fulgencio, el secretario general y estoy a su disposición para atenderlos en todo lo necesario. Y también en lo innecesario, si se les presenta ese capricho, je, je. Voy a ser muy breve, porque ya sé que todos ustedes están cansados del viaje y la jornada

de mañana será más intensa. Pero no tengo más remedio que anunciarles la suspensión de la recepción y cena de gala que teníamos programada para esta noche. La señora presidenta, alma máter de este congreso y anfitriona de todos ustedes, no ha podido aún regresar a Santa Clara para estar con nosotros. Ya saben que de momento el aeropuerto está cerrado por culpa de nuestro viejo y malhumorado Ireneo, el volcán de la isla. No ha tenido mejor ocurrencia que llenar el cielo de una ceniza que dificulta mucho la navegación aérea, vaya modales, ¿eh? —Volvió a lanzar su risita nerviosa—. Por cierto, la ascensión por la ladera practicable del volcán es una preciosa excursión que les recomiendo hacer cuando ese gruñón se calme un poco. En fin, que doña Luz Isabel sigue en París, de donde vendrá en cuanto le sea posible hacerlo. Pospondremos la recepción y la cena de gala hasta su regreso, como es natural.

Hubo cuchicheos en la sala, alguna broma a media voz seguida de risitas y no pocas expresiones de inquietud o fastidio. El secretario volvió a aletear para pedir silencio.

—Les aseguro que es un inconveniente menor, el tráfico aéreo se reanudará probablemente mañana o pasado todo lo más. Entre tanto, las sesiones del Festín tendrán lugar como estaba planeado y espero que todos ustedes disfruten de la famosa hospitalidad santaclareña...

—Quiere usted decir que... que estamos atrapados en la isla. —La voz de Lequiem, el gordo pasajero que había acompañado a Mendia y Nirbano, sonó estridente y temblorosa.

—Por favor —insistió en la risa conejil—, cómo se le ocurre... Ya le digo que es algo transitorio, que probablemente mañana mismo estará solucionado. Si no recuerdo mal, señor Lequiem, su apreciada intervención debe tener lugar mañana por la tarde y su partida está prevista para el miércoles. Pues bien, no se preocupe, podrá usted cumplir su programa de viaje con toda normalidad, ya lo verá.

El gordo no se tranquilizó, todo lo contrario. Se había puesto en pie, aflojándose la corbata con la mano como si se ahogara. Los demás le miraban con ese aire de divertida compasión con que consideramos los agobios que aún no tenemos que compartir.

—¡Usted no lo entiende! No puedo quedarme así, en la isla, sin escape...

—Hombre, sin escape no —dijo con airecillo chistoso el secretario—, le queda el barco. Claro que tarda dos días en llegar al continente y no es demasiado confortable, de modo que...

—¿Cuándo sale? —le interrumpió el angustiado.

—¡Caramba! —Se notó que el secretario estuvo a punto de utilizar un término más fuerte, porque era evidente que empezaba a sentirse molesto—. Pues mire, hay uno que sale esta misma noche.

Sin añadir palabra, el gordo se abrió paso a tropezones y con pocos miramientos hasta la puerta, dejando tras su desaparición un rastro de rumores, unos curiosos y otros enfadados. El secretario general se secó la frente con el pañuelo, más Conejo Blanco que nunca.

—Bueno, espero que no haya más deserciones, je, je. Cada cual tiene su carácter y los hay originales... ejem. Les aseguro que todos ustedes podrán volver a su casa en el plazo convenido, siempre que lo deseen, claro... A la mayoría de nuestros visitantes les cuesta abandonar Santa Clara y su marco incomparable... Además de la cena, como el resto de los días, hoy están invitados a todas las consumiciones que hagan en el hotel. ¡Barra libre, ja, ja, ja! Pero cuidado, que mañana les espero en este mismo salón a las diez. ¡Buenas noches y que sean felices! Ejem...

Xabi Mendia tenía pensado quedarse hasta el final del congreso, de modo que no se preocupó por el momentáneo bloqueo aéreo que padecían. Al contrario, lo encontró más bien emocionante, como otra aventura añadida a la aventura fundamental de estar lejos de casa. ¡Estupendo,

ya empezaban a pasar imprevistos y cosas raras! Entonces recordó la advertencia de Pío Baroja sobre que a cierta edad uno nunca debería ir a ningún lugar del que no se pudiera volver andando. Bueno, no pensaba atenerse a esa máxima ni ahora ni después. La dificultad de volver se compensaba ampliamente con el placer de marchar... Se despidió de don Nicolás, que estaba visiblemente agotado y prefería retirarse a su habitación sin pasar por el comedor para cenar.

—Quizá pida algo al servicio de habitaciones. De todas formas, suelo cenar ya muy poco... Es la edad, Mendia. ¡Si me hubiera usted visto hace veinte años...!

A Xabi ninguna consideración melancólica sobre el paso del tiempo le cortaba el apetito, de modo que puso rumbo hacia el comedor, lleno de gratas expectativas. Al cruzar el vestíbulo vio a Lequiem gesticulando en el mostrador de la agencia de viajes. Como aún era temprano, se dejó llevar por su instinto periodístico y se acercó a él.

—De modo que nos deja, señor Lequiem.

—Sí, afortunadamente he podido resolverlo. Salgo en el barco dentro de tres horas.

—¿No hubiera sido mejor esperar hasta mañana? Después de todo, también habrá barco la próxima noche...

Resuelta ya su escapatoria, el gordo parecía algo más tranquilo.

—Verá, amigo, es difícil de explicar. Tengo cierto problema con las islas... no soporto verme confinado en ellas. Me ahogan, me... Cuando me apremian, debo irme. Necesito todas las puertas de escape abiertas... Es como la vida, más o menos. Si no supiéramos que podemos dejarla en cuanto queramos, resultaría aún más insufrible. En cierto sentido, de eso iba a tratar mi charla de mañana.

—Pues siento quedarme sin escucharle, de veras. ¿Podría usted resumirme su idea principal? Ya sabe cómo somos los periodistas...